

CUERPO, SUBJETIVIDAD Y TECNOCIENCIA: UN ABORDAJE PSICOANALÍTICO



Título: Cuerpo, subjetividad y tecnociencia:

Un abordaje psicoanalítico

ISBN: 978-958-8936-18-5

Autor: Ximena Castro Sardi

Primera edición: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Icesi, Cali, Colombia.

Noviembre de 2016. Colección Exploraciones.

El material de esta publicación puede ser reproducido sin autorización, siempre y cuando se cite el título, el autor y la fuente institucional

Reseña

La reseña que presentaré del libro de Ximena Castro que lleva el presente título, es un resumen del prólogo que escribí para su publicación. Ximena dedica su libro a poner en escena, de una manera crítica, un debate sobre el modo como en nuestro tiempo nos representamos, concebimos y nos relacionamos con el cuerpo, argumentando por qué dicha representación ha cambiado debido a la influencia omnipresente del discurso científico, constituido en tecnociencias. Da cuenta en qué han consistido dichos cambios, cuáles han sido sus repercusiones sobre la relación mente-cuerpo y, más específicamente, sobre la subjetividad.

A lo largo del texto se sostiene “una postura ética y política” que implica un cuestionamiento de la pretensión científica de “objetivizar, cifrar y medir el sufrimiento psíquico” de los seres humanos. A partir de la enseñanza de Lacan, del análisis de casos concretos y de la evocación de producciones artísticas, nos muestra su desacuerdo con

la tendencia a suponer que el sufrimiento psíquico de los seres humanos puede reducirse a fórmulas aplicables universalmente, cuestión que trae por consecuencia “la erradicación del sujeto de la contingencia y la singularidad del deseo”.

En este libro el lector puede formarse una idea acerca de la concepción psicoanalítica del cuerpo, cómo se constituye, qué lo caracteriza como distinto al organismo y en qué consiste su relación con la subjetividad. Puntúa en qué medida el abordaje del cuerpo exige partir del hecho de que no se trata de un conjunto de órganos con funciones específicas y argumenta por qué no se define como un dato previo que sea el complemento del ser o el asiento del alma, sino una superficie constituida por bordes y orificios que adquieren valor en la medida en que sean asiento de un goce sexual. El cuerpo no solo contiene órganos y tampoco es solo una superficie unificada y que unifica, también está compuesto de zonas erógenas con bordes, en donde el límite del adentro y del afuera deja de ser tan claro como lo pretende el discurso de la ciencia.

En el libro se argumenta por qué sin el Otro del lenguaje, del inconsciente, de la ley, del código y de la tradición, la bola de carne que es el niño al nacer no logrará formarse como un ser hablante con capacidad de acceder al sentimiento de que *tiene* un cuerpo. La especificidad del cuerpo que porta un ser hablante, es el modo de satisfacción pulsional, que inicialmente es parcial y autoerótico, para luego, no sin dificultad, pasar a entrelazarse con otro cuerpo, sea del sexo contrario o del mismo sexo, de acuerdo con la elección sexual realizada por el sujeto.

Otro aspecto señalado por la autora en su libro, es la relación que en nuestro tiempo el ser humano tiende a establecer con la ciencia: se caracteriza por suponer que esta es una especie de Dios todo poderoso para el que no hay imposibles. La ciencia es la dueña de la verdad y del saber, todo sabe hacerlo, nos puede dotar de todo lo que nos falta para vernos mejor, y nada queda por fuera del campo de sus posibilidades. Hay “conversión de sexo, clonación, trasplantes de órganos, vientres de alquiler, cirugías estéticas”. El cuerpo humano se puede reparar, perfeccionar, perfilar, escanear, gestionar, reconstruir,

purificar, recodificar genéticamente, hasta desembocar en una medicalización de la vida y del lazo social.

La ciencia ha inventado “el trasplante de las células madres tomadas del embrión o del cordón umbilical de un recién nacido, y con una biotecnología que ya existe, se reconstituye el tejido orgánico de acuerdo a las necesidades y a las demandas del mercado”. La ciencia quiere fabricar un cuerpo de buena calidad “morfológica y genética”, un cuerpo con el que cada quien se sienta realizado, con el que no tenga dificultades ni desacuerdos, que sea la realización plena de su ser, sin tener en cuenta que si algo caracteriza a un ser hablante es que no se deja programar. Para el ser hablante existe la contingencia de lo real que escapa a las leyes de la programación y el automatismo promovido por la ciencia que quiere producir seres homogéneos.

Hay un imperativo de dominio sobre los seres vivos que no cesa de ponerse en escena y al que no le gustan las contingencias propias de la existencia. El discurso científico ha venido a ocupar el vacío dejado por el soberano de otra época, de ahí que quienes los representan sean elevados al lugar de los nuevos pontífices, expertos productores de certidumbres, “mensajeros de futuros mejores posibilitados por los prodigiosos descubrimientos de la genética, las neurociencias y el ciberespacio”. La cara absurda de estos sabios se evidencia, sin embargo, “en ciertas prácticas que pretenden diagnosticar enfermedades mentales a partir de las neuro-imágenes”.

La tendencia a expulsar toda consideración de la psique, por ejemplo, por parte del llamado materialismo neurofisiológico aplicado a las neurociencias, tiende a ser cada vez más fuerte, en favor de una explicación físico-química de fenómenos psíquicos como la memoria, el deseo, el amor, la fe, la ética, la violencia, etc. A toda costa se pretenden hacer equivalente lo cerebral y lo psíquico, pues sosteniendo que conforman una unidad, se mantiene la ilusión de que será posible algún día localizar cerebralmente lo que no es localizable, ni observable, ni medible.

Siguiendo la lógica que se acaba de exponer, lógica que en este libro es ampliamente desarrollada de una forma crítica, resulta común

oír hablar del fin de la clínica a los llamados científicos del comportamiento. En lugar de la palabra como instrumento de intervención de lo psíquico, hay quienes proponen, en nombre de la ciencia, que la pancea para diagnosticar con certeza en el campo de la salud mental, es la evidencia de la imagenología. Lo que no se ve no existe como hecho, así que lo visible condiciona la existencia de las cosas en nuestro mundo.

Hay que basar los diagnósticos en salud mental en métodos científicos que son provistos por las nuevas tecnologías médicas. Al respecto la autora del libro trae una cita de Eric Laurent en donde afirma que pese a los debates “entre quienes defienden aún una postura clínica basada en la observación y la anamnesis de los pacientes, y aquellos que proponen tener en cuenta principalmente los datos de los escáneres cerebrales para el diagnóstico, el modelo DSM parece estar llegando a su fin; y con él corre el riesgo de esfumarse el último reducto del abordaje clínico en psiquiatría”.

Actualmente, aquellos que en el texto la autora llama científicistas de la actualidad, consideran que nada está por fuera del cerebro. El cerebro “piensa, habla, lee, huele, alucina, se deprime, cree, ama, odia, miente”. El sujeto ha sido vuelto equivalente al cerebro y como en otros tiempos tenemos varios tipos de cerebro: deprimidos, esquizofrénicos, criminales.

Hay una fascinación alrededor del cerebro que sin duda ha crecido “proporcionalmente con los avances del conocimiento biológico y químico del organismo en el transcurso del siglo XX. Curiosa coincidencia con las facultades aparecidas en las cartografías de los frenólogos”. Según esta orientación por lo cerebral, lo único válido para hacer cuando se trata de resolver los malestares psíquicos, es valerse del aparato apropiado para localizar las regiones responsables de todo lo que sucede y puede llegar a suceder. Lo más importante es establecer dónde están los enemigos de la calidad de vida, del confort y la felicidad para enseguida proceder a un “bombardeo químico selectivo”.

En cuanto a la respuesta del psicoanálisis con respecto al tratamiento del cuerpo y de lo propio de la vida psíquica que las imágenes

diagnosticas no tienen manera de hacer ver, es muy cercana a la artística en el punto en que se ocupan, a su manera, de dos asuntos: el ascenso y la caída de los objetos en la cultura y en la extracción de lo real que la mirada omnisciente de la ciencia no logra recubrir.

El real del que se ocupa el psicoanálisis, es lo enigmático imposible de aprehender y reproducir tanto por las “pequeñas ecuaciones de la ciencia” como por los aparatos de la tecnociencia”. Lo real es eso que escapa a la imagenología médica, eso que no se deja representar y que los artistas no han dejado de abordar en cada época. Tanto desde el psicoanálisis como desde el arte, se han inventado maneras de abordar y saber hacer con eso que las imágenes médicas no dan a ver.

Desde el psicoanálisis puede sostenerse que si bien el cuerpo reducido al organismo se ha vuelto transparente en nombre de una ideología de la evaluación y la consecuente abolición del sujeto, tanto de las prácticas de la salud como de la salud mental, no sucede lo mismo con lo real del goce femenino, de la inexistencia de la relación sexual, lo propio del inconsciente real y la cuestión del deseo. De estas cuestiones opacas desechadas por la ciencia, debido a la imposibilidad de establecer certezas sobre las mismas en tanto no se dejan ver y menos hacer ver, nos ocupamos los psicoanalistas en nuestra clínica, cuestión que en este libro es mostrado con claridad, vigor y rigor.

Héctor Gallo

**Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article /
para citar este artigo (APA):**

Gallo, Hector. (2017). “Cuerpo, subjetividad y tecnociencia: Un abordaje psicoanalítico (reseña)” *Revista Affectio Societatis*, 14(27), 299-303. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>